



La vela de cebo

Ricardo Cabrera
Noviembre 1 de 2020

Don Severo intentó corregir la deformación de la última vela de cebo que guardaba para la ofrenda del día de muertos, el calor había hecho estragos significativos, por más intentos que hizo, la vela continuaba porfiada en su extraña posición. Resignado a no obtener éxito, se dijo a sí mismo que después de todo, la intención era lo más importante, el modesto altar ocupaba una esquina de su habitación, él hubiera deseado honrar a sus muertos con las delicias propias de tan significativo día, pero ni que hacer, un vaso con agua y un pedazo reseco de pan de muerto era todo lo que se podía apreciar frente a las fotografías descoloridas que parecían sonreírle desde el más allá. En el centro, reservado para su esposa por supuesto, la fotografía más grande, aun recordaba como si fuera ayer, el día que realizaron el viaje hasta Pochutla, expresamente para tomar a foto en cuestión, ella se había ataviado con un huipil hermoso, producto de sus buenas artes en el hilado. Lucía espléndida, Don Severo se enamoró nuevamente en cuanto la vio, los hijos aun no nacían, para eso habrían de pasar algunos años más.



Más abajo, en el segundo plano del altar, se veían las fotografías en dudosos colores, de dos adolescentes, aun se podía apreciar —si se tenía el tiempo para ello— el color moreno de la piel de los casi niños. Sus hijos varones nunca alcanzaron la edad adulta, víctimas de la malaria, los dejaron a él y su esposa en un estado de abatimiento tal, que tardaron muchos años en reponerse. Acarició las fotos viejas, y las colocó nuevamente en su posición. cada año los honraba, cada año, los rezos para que disfrutaran de su estancia en el otro mundo eran los



Ricardo Cabrera

Sitio oficial

mismos, por respuesta, el paso de los años se iba acumulando en sus espaldas. Ahora estaba irremediadamente solo, su hija Catalina, la única que recordaba como sobreviviente de una familia que le parecía cosa de ficción, había desaparecido de su vida sin más ni más, el marido decidió llevársela a ella y sus nietos a otras tierras y desde entonces, ni sus luces.

Si, Severo se había quedado solo, solo con sus recuerdos, con sus muertos que lo miraban desde los cartones fríos en los cuales habían posado para ser fotografiados.

Escuchó a lo lejos la llamada a misa, en el pueblo los moradores se aprestaban para una larga vigilia a sus difuntos, el panteón seguramente estaría lleno, la comida se haría sobre las lápidas, las flores y el olor a incienso, se dejaría sentir durante toda la velada. La atmosfera se enrarecía tanto que no faltaba quien aseguraba haber visto a las ánimas regresar y pasar un rato con sus familias.

Esto le hacía gracia a don Severo, siempre fue un descreído en materia de fantasmas y apariciones, a veces entraba en las pláticas y en la polémica con quienes aseguraban haber sido testigos de toda clase de manifestaciones, pero él, terco y amachado, les aseguraba que eso eran solo fantasías. Terminó por alejarse de la mayor parte de conocidos, lo consideraban punto menos que un hereje, y es que no comulgar con las ideas de los demás, le trajo serios disgustos, no faltó quien lo tachara de burlarse de sus tradiciones y creencias. Mirándolo bien, ni él sabía cómo había empezado con el ritual de confeccionar un altar para sus muertos, en realidad lo único que le apetecía, era ver sus seres amados y pensar que, si había otro mundo, pues a lo mejor y lo esperaban.

La tarde pasó lentamente, por momentos, veía con codicia el pedazo de pan sobre el altar, pero con la disciplina estoica de un espartano, apartó sus pensamientos de él y se concentró en una plegaria lejana, una que su madre solía rezar con bastante fervor cuando eran niños, y lo hacía a propósito del día en cuestión. Él la había aprendido solo escuchándola, pues su madre no se encargó de trasmitírsela para ser recitada en el futuro, cuando ella ya no estuviera.

«Benditas ánimas de mis mayores,
fuente de mi propio ser
reciban esta ofrenda hecha con mis manos
es producto del mucho amor,
tanto como el que les tuve en vida.



Benditas ánimas de mis mayores,
apiádense de esta, su pobre doliente
que mucho los extraña y que espera
hasta que ustedes tengan a bien
venir por ella.»

Como hubiera deseado tener una foto de su mamá, pero para mala fortuna, la única de que disponía se había perdido en el incendio de su primera casa, por fortuna todos habían salido a tiempo, hasta el capulín —el perro llegado de quien sabe dónde y que se había ahijado con ellos— ayudó a salvar a sus hijos. Como lo echaba de menos, el perrito siempre fue un excelente compañero, bravo como el que más y noble y cariñoso.

Los recuerdos de tiempos idos continuaron con él durante el resto de la tarde, ya se apreciaban las primeras sombras de la noche, a lo lejos podía escuchar los mariachis y las bandas locales que se encaminaban al panteón, los cohetones atronaban e iluminaban brevemente el renegrido cielo, los lugareños decían que así eran las almas, fugaces y explosivas, que tan pronto como recibían el beneplácito del perdón divino, dejaban esta tierra y se iban para siempre.

El sueño y el hambre mal aplacada comenzaron a hacer estragos en él, se acurrucó en un rincón y se cobijó con una raída cobija de rayas de colores. El frío estaba calando, más de lo que él recordaba para un primer día de noviembre. La luz de la vela parecía amplificarse cada que un chisporroteo del cebo resbalaba por su pálido cuerpo retorcido, el olor peculiar de la vela al quemarse inundó la estancia, las flores de cempasúchil al recibir la luz de la vela parecían pequeños soles a punto de estallar, su sombra se proyectaba enorme sobre la pared recién caleada, eso sí, podía padecer hambre y soledad pero su casa siempre acusó la limpieza en extremo, así le gustaba a Maura, su difunta, y le parecía que era la mejor manera de recordarla.

Estaba en una especie de vela duerme, casi en un trance espiritual cuando escuchó rasguños en la puerta de madera, los tablones mal unidos no dejaban ver nada a través de las rendijas, la oscuridad ya se había adueñado del exterior, como pudo se incorporó, maldecía todos los dolores que le aquejaban, aunque se felicitaba en el fondo, siempre tenía espacio para uno más, su cuerpo se había acostumbrado a ellos.



Ricardo Cabrera

Sitio oficial

A paso lento, se acercó a la puerta, con voz cansada y algo débil pidió que esperaran que ya iba, pero los rasguños continuaban insistentes.

Abrió la hoja compuesta por los viejos tablones y para su sorpresa quien estaba detrás era un perro, el chuchó era negro y esmirriado, sin un solo pelo sobre su lustroso cuerpo. Intentó enfocarlo, pero no lo consiguió a la primera, un segundo esfuerzo le trajo una figura conocida. Le parecía que era su perro Capulín, pero es no era posible, el animalito había muerto hacía tantos años que ya no recordaba cuantos. El animal no espero invitación, entró a la pieza iluminada solo por la vela, movió la cabeza en ambas direcciones, como reconociendo el lugar, caminó hacia el altar, seguido por la mirada curiosa y extrañada de Severo, se paró frente a la honra fúnebre, bajo su cabeza, olisqueó un poco, y de un solo movimiento se tragó el pan que Severo pensaba calmaría su propia hambre. Después de esto, el animalito se acercó al viejo y movió su cola, lo miro con ojos expresivos, y ladró una sola vez.

Como si está hubiera sido una señal acordada, una mujer se situó detrás del anciano, la puerta continuaba abierta, afuera la oscuridad era total, Severo ya no escuchaba los cantos de los peregrinos al panteón. El frío areció calándole en los huesos. Miró a la mujer, no salía de su asombro, al reconocerla lloró profundamente, era Maura, la veía igual que en la foto, con su hermoso huipil y su sonrisa llena de una picardía juvenil que ninguno de sus hijos había heredado.

Perro y mujer eran ahora, una compañía inesperada. Pero al parecer las cosas no paraba ahí, Severo escuchó claramente las risas de sus dos hijos, Felipe y Lorenzo, los adolescentes de la foto vieja, entraron con un desparpajo propio de una fiesta, uno de ellos rozó ligeramente su cuerpo al pasar, sintió un frío terrible que le hizo dar un paso atrás.

Las lágrimas corrían libre sobre sus mejillas reseca, la piel debió agradecer esta inusitada muestra de humedad, pues parecían desaparecer como lluvia sobre la tierra de los campos que solía labrar.

Reponiéndose un poco, se acercó al grupo de seres tan queridos por él. Fue entonces cuando escuchó una voz que venía desde tiempos en los cuales él era cuidado y minado, desde tiempos en los cuales el dolor del alma le era ajeno. Era la voz de su madre, rezaba la plegaria para él tan conocida.

«Benditas ánimas de mis mayores,
fuente de mi propio ser...»



La mujer caminó hasta el altar, su voz parecía hacer danzar las llamas cada vez más altas de la vela de cebo. Maura, o quien fuera, le extendió la mano, la invitación era clara; Severo no dudó ni un solo instante, tomó la mano de quien fuera su mujer, los brazos adolescentes se posaron sobre sus hombros, ahora los sentía cálidos, no recordaba cuando había disfrutado de un abrazo similar. Se sentía tan bien que no deseaba que terminara. Capulín se metió entre ellos, el perrito parecía abrirles paso, se abalanzó hacia el altar y su figura escuálida se perdió. Después Maura, y sus hijos tras de ella, el viejo lloraba a mares, no podía imaginar que algo bello, se tornara en una situación de extrema crueldad, verlos una vez más y después irse le pareció en extremo duro de aceptar. Un viento suave se coló por la puerta abierta y deshojó las flores amarillas, un camino de pétalos se formó frente a él. El hombre los vio, dio un paso hacia adelante, sintió nuevamente la mano de su mujer que sujetaba la suya, una vez más la sensación de profunda paz se hizo en su corazón.

Al día siguiente, un grupo de vecinos vio la puerta abierta, dos mujeres entraron para ver si el viejo estaba bien, lo pudieron observar en una esquina, acurrucado y envuelto en su cobija de rayas de colores, sobre él los pétalos de cempasúchil parecían resplandecer como pequeñas llamas, la habitación estaba impregnada del olor a cebo quemado, ya no quedaba rastro alguno de la vela de cebo.

Sobre el altar las fotografías que con tanto esmero colocará un día antes se veía renovadas gozaba de una más, era la foto de bodas de Severo y Maura. 